

Una filosofía del silencio:
Acercamiento a la propuesta de Clément Rosset

María Isabel Aguilera
(Universidad Central de Venezuela)

Una filosofía del silencio: Acercamiento a la propuesta de Clément Rosset

A philosophy of silence: Approach to the proposal of Clément Rosset

María Isabel Aguilera
(Universidad Central de Venezuela)

Resumen: Unas de las preguntas fundamentales que se hace Clément Rosset versa sobre la posibilidad de concebir una filosofía trágica, que no es otra cosa que una filosofía desde el azar, al margen de toda ilusión naturalista y de toda sombra de Dios. Lo “peor” no implica aquí una oposición con lo mejor, sino algo que antecede a cualquier formulación y señala como una de sus características principales la incapacidad de pensar el mundo, el “súbito rechazo de toda idea de interpretación”. Lo anterior dicho muestra una flagrante contradicción lógica y es sobre esta contradicción que nos preguntaremos: ¿Puede pensarse un pensamiento que se ha deshabilitado a sí mismo? Si la mejor intención de la filosofía trágica es el silencio como trataremos de mostrar en las siguientes páginas ¿Cómo puede ella ser expresada y cuál es su sentido? Este ensayo versa sobre la posibilidad que tiene el silencio de ser expresado a través de las nociones de lo dado, el azar y el tiempo.

Palabras clave: Trágico, Silencio, Arte, Azar, Realidad, Accidente, Dado.

Abstract: One of the fundamental questions that Clément Rosset asks himself concerns the possibility of conceiving a tragic philosophy, which is nothing else than a philosophy from hazard, free from all naturalistic illusions and from all shadows of God. The “worst” here does not imply an opposition to the best, but something that precedes any formulation and indicates as one of its main characteristics the inability to think about the world, the “sudden rejection of any idea of interpretation”. The above said shows a flagrant logical contradiction and it is about this contradiction that we will ask ourselves: can you think a thought that has disabled itself? If the best expression of tragic philosophy is silence, as we will try to show in the following pages, how can it be spoken? This essay is about the possibility of silence to be expressed.

Keywords: Tragedy, Silent, Art, Hazard, Reality, Accident, Given.

Introducción: algo sobre Rosset y su propuesta

Antes de poder hablar de lo que no se puede hablar, es decir, del silencio, parece conveniente dedicarle unas líneas al autor que nos ocupa, Clément Rosset (1939-2018), quien hasta ahora es bastante desconocido. En una entrevista realizada en 1994, el interlocutor le pide información sobre sí, y este afirma “¿Para qué?”¹, y no habría una mejor respuesta para quien suscribe la posibilidad de una identidad apócrifa, como la suma de una extraña sucesión de coincidencias, confusiones, malentendidos y errores, asimilable a los olopeles sociales y certificada sólo por el testimonio de aquellos que le rodean². Rosset hace de la propia identidad un *puzzle* social del que sustrae toda posible sustancialidad del inasible yo³. Nuestro autor siente afinidad por el Nasrudin de la fábula de Hodja quien desiste de su intento de alcanzarse, al ver, unos pasos delante de sí, a alguien tan similar que considera que no puede ser otro sino él mismo. El yo encarna el héroe épico *Ulises*, cuyo nombre es “nadie”: Lo que creemos ver del yo es un reflejo invertido no tan claramente reconocible ni fiel. El yo es como la nariz en el rostro, tan cercana y tan invisible que para verla tenemos que dar el rodeo sinuoso del reflejo.

Hay una única persona que nunca reconocemos porque es constantemente invisible, y es evidentemente uno mismo. El espejo no devuelve una imagen de aquel que mira, sino una imagen donde la derecha y la izquierda están invertidas con respecto a la persona real que está viendo. [...] El reflejo de uno mismo en el agua limpia, que remite al mito de Narciso, fue una primera oportunidad de percibirse, una vez que uno se ha reconocido en el reflejo; lo cual no resulta evidente de inmediato y por lo demás no fue el caso de Narciso, que vio en su imagen reflejada la imagen de otro del cual se enamoró. [...]

La impresión de desfasaje, ya examinada a propósito de la diferencia entre el retrato y su modelo, entre el original y su copia, es llevada en este caso al colmo, puesto que no hay un modelo ni un original de uno mismo. [...] Si la representación de uno mismo siempre parece más o menos infiel, si la re-audición de la propia voz siempre suena un tanto falsa, es porque nunca hubo, por así decir, una “representación” ni una “primera audición”: no se puede representar lo que nunca ha estado presente. Naturalmente, podría tratar de informarme a través de los demás para saber a qué me parezco, pidiéndoles que me hagan ver lo que ven ellos; pero dicha comunicación está interrumpida. Porque si uno no se ve, podemos ver aún

¹TÉLLEZ, Freddy, *Diálogo con Clément Rosset*, Entrevistas. [Disponible en línea] Disponible en: <https://21911-Textp-del-artículo-75125-1-10-201106.21.pdf>.

² Cfr. ROSSET, C., *Lejos de mí. Estudios sobre la identidad*, Barcelona, Marbot Ediciones, 2007. Rosset a este respecto cita a Proust “al principio de *En busca del tiempo perdido* a propósito de Swann: «No somos un todo materialmente constituido, idéntico para todos, y que cualquiera puede consultar sin más como un pliego de condiciones o un testamento; nuestra personalidad social es una creación del pensamiento de los demás.» *Ibid.*, pp. 54 y ss.

³ Cfr. *Ibid.*, p. 32. [Documento en línea] Disponible en: <https://www.rogerioa.com> [Consulta: 2021, Junio 13].

menos, si fuera posible, lo que los otros perciben de nosotros. Los otros me ven, pero yo nunca tendré la menor idea de lo que entonces ven.⁴

Por esto es que Rosset no encuentra necesario hablar de sí mismo aunque toda su filosofía sea principalmente “un asunto entre sí y sí mismo”,⁵ una reflexión para aclararse, si esto pudiese ser posible⁶. Para Rosset su obra debería ser suficiente para poder dar cuenta de sí⁷. Este autor que se nos presenta como una serranía insondable, muy “parco” (¿) para “aumentar su currículum” hablando de sí, puede ser situado en los que él mismo ha denominado “filósofos trágicos”, “filósofos de lo peor”, “filósofos terrorista”, o “filósofos del azar” que no es otra cosa que aquella corriente que se ha dado a la tarea de “disolver el orden aparente, recobrando el caos originario”⁸, deshaciendo todo aquello que el hombre se haya dado provisionalmente para subsanar el desorden y para atenuar su desdicha. El filósofo terrorista no intenta, asevera Rosset, mitigar el naufragio filosófico, sino “volverlo ineluctable”, demoliendo todos los ídolos del sentido.

La filosofía tradicional se ha dado a la tarea de execrar de sus líneas la reflexión sobre la tragedia. Visto de esta manera, parece crearse una antinomia entre lo trágico y lo filosófico, relegando lo primero al ámbito del arte. Es por esto que se puede entender el escaso interés que nuestro autor suscita entre los filósofos actuales. Es la doble exclusión que Rosset establece en

⁴ROSSET, C., *Lo invisible* [Documento en línea] Disponible en: https://www.ilide.info-rosset-lo-invisible-pr_99201d6c9f552948f [Consulta: 2021, Junio 13]. (pág.21)

⁵ En *Materia de Arte*, en un apartado dedicado a Vladimir Jankélevich, afirma “la filosofía es, no sólo, por supuesto antes que nada y principalmente, un asunto entre sí y sí mismo”. ROSSET, C., *Materia de Arte*, Valencia, Pre-Textos, 2009, p. 16.

⁶ “Siempre he escrito para intentar ver claramente sobre temas que retenía mi atención pero que solo llegaba a ver confusamente”. ROSSET, C., *La elección de las palabras*, Santiago, Hueders, 2012, p. 13.

⁷ Los libros que de él tenemos noticia son: *La filosofía trágica* (1960); *El mundo y sus remedios*, (1962); *Letra sobre los chimpancés, ensayo sobre Teihard de Chardin* (1965); *Schopenhauer, la filosofía de lo absurdo* (1967); *Schopenhauer* (1968); *La estética de Schopenhauer* (1969); *Lógica de lo peor, elementos para una filosofía trágica* (1971); *La Antinaturalidad, elementos para una filosofía trágica* (1971); *Lo real y su doble, ensayo sobre la ilusión* (1976); *Lo real. El tratado de la idiotez* (1978); *El objeto singular* (1979); *La fuerza mayor* (1979); *La filosofía y sus sortilegios* (1991); *Principio de crueldad* (1988); *En aquellos tiempos. Notas sobre Althusser* (1991); *Principios de sabiduría y de locura* (1991); *Materia del arte: homenajes*, (1992); *La elección de las palabras* (1995); *El demonio de la tautología* (1997); *Lejos de mí, estudios sobre la identidad* (1999); *La realidad, la imaginación y la ilusión* (2000); *El régimen de las pasiones y otros textos*, 2001); *Reflexiones sobre el cine* (2001); *Escritos sobre Schopenhauer* (2001); *Impresiones fugitivas* (2004); *Fantasmagorías, lo real, lo imaginario y lo ilusorio* (2004); *Travesía nocturna, episodios clínicos* (2006); *La noche del mal* (2008); *La escuela de lo real* (2008); *Filosofía trágica* (2010); *Escritos de México* (2010); *Demonología de la tautología* (2011); *Lo invisible* (2014); *Bosquejo biográfico* (2017); *Escritos íntimos* (2019); *Impresiones fugitivas, el hombre, el reflejo y el eco; Fragmentos filosóficos* (2012); *la alegría más profunda que la tristeza; entrevistas con Alexandre Lacroix* (2019); *Escritos satíricos* (2013); *Nosotros y los otros* (2004); *El régimen de las pasiones* (2008) *El lugar del paraíso* (2020).

⁸ ROSSET, C., *Lógica de lo peor. Elementos para una filosofía trágica*, Barcelona, Editorial Barral, 1976, p. 10.

sus páginas: “unas veces filósofo, otras trágico: nunca filósofo trágico”. De allí Pascal o Lucrecio, quienes para muchos no logran colmar el apelativo de filósofos, más allá de tener algún que otro pensamiento interesante. No obstante, la propuesta va más allá al afirmar que la única verdadera encarnación de la filosofía es la trágica. Los derechos de ciudadanía de una lógica de lo peor, tal como él la concibe, se establecen en la propia noción de filosofía: si su labor se encuentra en cuestionar los fundamentos mismos de la realidad ¿no implicaría ello también cuestionar al pensamiento mismo?: “saber si el ejercicio del pensamiento puede ser habilitado para descalificarse a sí mismo.”⁹

Rosset fundamenta además la necesidad de una lógica de lo peor en la existencia misma del pensamiento: si hay pensamiento este es de orden desastroso.

La necesidad de la salida trágica sólo tiene sentido, para el lógico de lo peor, cuando se ha admitido la existencia de un pensamiento: ya que su postulado dice que si hay pensamiento, éste es necesariamente de orden desastroso. Esta necesidad reviste, además, un carácter evidente subjetivo: siempre se tratará de las razones que se da el filósofo para dar cuenta de la necesidad de su propio quehacer¹⁰.

Podríamos colocar el razonamiento rossetiano bajo simple fórmula lógica deductiva, a través de un Modus Ponens [$P \rightarrow Q$; $P \neg Q$].

Premisa 1: Si hay pensamiento este es necesariamente de orden desastroso (hay lo peor, o lógica de lo peor, tragedia)

Premisa 2: Hay pensamiento

Conclusión: Hay lo peor (desastre, lógica de lo peor, tragedia)

Pero no se trata aquí de introducir a nuestro autor en una lógica de la cual parece arisco y se denota por el carácter subjetivo con el que enviste su propuesta. Más bien se trata de hacer hablar a lo trágico: “*Legein*, hablar, de ahí su lógica”¹¹. Rosset pretende brindar liquidez a lo que ya está allí, en reserva, como el dinero represado en las bóvedas de un banco, dándole disponibilidad a algo presente pero oculto a la mirada (aunque no por ello inconsciente), es la “invisibilidad de lo visible”, este conocimiento que es fundamentalmente “indisimulable”, solo que escondido bajo el fulgor de su propia visibilidad, parafraseando a Rosset, pero que es demasiado indigesto, demasiado prohibido, demasiado escandaloso como lo es la muerte, las relaciones incestuosas, las relaciones de explotación, la avaricia, la miseria... Rosset hace del reconocimiento y la

⁹ *Ibid.*, p. 12.

¹⁰ *Ibid.*, p. 13.

¹¹ *Ibid.*, p. 29.

desaprobación un mismo verbo, una misma mirada en la que se estructura una única realidad que defrauda en la medida que se quiere estimar siempre de otro modo, pero que es la única forma de acontecimiento del mundo, es la peste del pensamiento:

Así pues, el reconocimiento y la desaprobación son inseparables y, en el fondo, significan lo mismo: a saber, una mirada sobre la “estructura” de lo *único*. Lo único satisface la espera al realizarse, pero la defrauda al eliminar otro modo de realización. Esto es, por otra parte, característico de todo acontecimiento en el mundo.¹²

De ahí su itinerario, para utilizar sus propios términos: “determinar el peor de los pensamientos; una vez determinado éste, mantenerse en él hasta que haya sido exhumado un pensamiento todavía peor”¹³. Pero no se trata de lo peor en una escala de degrade, porque no hay “nada” en lo que constituir dicha escala. Tampoco se trata de una propuesta masoquista que se regodee y engorde su reflexión una y otra vez en el sufrimiento, ni mucho menos se trata de un pesimismo a ultranza que embandere su pestilencia reclamando al mundo su mal hechura o confección. Su propuesta tiene una intención fundamentalmente catártica vinculada al arte farmacológico de la aplicación de los venenos y su inmunización no será más que la buena receptividad del mismo, vinculado su inoculación al reconocimiento de la inexistencia del sujeto del deseo (deseo de nada) porque sólo hay lo que existe que no remite a ninguna satisfacción posible o pensable: no desea nada porque no le falta nada. “Contradicción indisoluble: el hombre tiene necesidad de *algo* que es *nada*”¹⁴. Rosset, recurre a la sugerente definición de Vladimir Jankelevitch para hablar de lo trágico y este deseo de nada:

Lo trágico es, por consiguiente, la alianza de lo necesario y lo imposible—con la condición de precisar que esa imposibilidad no es la imposibilidad de una satisfacción, sino la imposibilidad de la propia necesidad: la necesidad humana no tropieza con la inaccesibilidad de los objetos del deseo, sino con la inexistencia del sujeto del deseo.¹⁵

Más adelante afirma:

La perspectiva trágica no consiste en modo alguno en hacer brillar en el horizonte del deseo un algo inaccesible, objeto de una “carencia” y de una “búsqueda” eternas cuyas historias se confundan con la historia de la “espiritualidad” humana. Produce la aparición de una perspectiva exactamente inversa: muestra al hombre como el ser que, por definición, no

¹²ROSSET, C., *Lo real y su doble. Ensayos sobre la ilusión*, Barcelona, Editorial Barral, 1976, p. 41. Rosset, C., *Lo invisible* [Documento en línea] Disponible en: https://www.ilide.info-rosset-lo-invisible-pr_99201d6c9f552948f [Consulta: 2021, Junio 13]. El reconocimiento en este sentido una revelación retrospectiva de un estado en tanto que nunca tuvo la naturaleza que se le atribuía. De este concepto saldrá el terror de una naturaleza que estalla perdiéndose en la consciencia de quien observa. Ver al respecto, *Op cit.*, ROSSET, C., *Lógica de lo peor*, p. 115.

¹³*Op cit.*, ROSSET, C., *Lógica de lo peor*, p. 63.

¹⁴*Ibid.* p. 60.

¹⁵*Ibid.*, p. 44. Está imbricado con la perspectiva del hombre como un ser en pleno, al que nada le falta.

carece de nada –de donde la necesidad trágica en la que se encuentra para satisfacerse de todo lo que tiene, pues lo tiene todo. [...] Afirma que el hombre, que desea nada, no “carece”, en el sentido más riguroso del término, de nada. [...] Lo trágico, considerado desde un punto de vista antropológico, no radica en una “carencia de ser”, sino en un “pleno ser”: el más duro de los pensamientos no es el que creerse en la pobreza, sino el de saber que no hay “nada” de lo cual carezcamos.¹⁶

Para Rosset, ni la felicidad ni la tristeza pueden ser explicadas por causas. Son fundamentalmente un “efecto suplementario y desproporcionado”, un añadido de un motivo determinado, una hipótesis imposible de explicar. “Perdida entre lo demasiado y lo demasiado poco que decir, la aprobación de la vida permanecerá siempre indecible; todo intento por expresarla se disuelve necesariamente en un balbuceo más o menos inaudible e ininteligible”.¹⁷ Rosset afirmará en *El lugar del paraíso*, una indiferencia ante todo acontecimiento, afirmando que las mejores y las peores circunstancias tienen poco poder sobre la alegría: “Llevo dentro mis neblinas y mis días soleados; poco importa que mis asuntos marchen bien o mal”¹⁸.

Rosset hunde su reflexión en esto que no puede ser hablado, el balbuceo sordo carente de sentido como un hilo invisible que nada puede unir, ni oponer porque de nada puede tratar. No obstante, admite un único juicio de valor encomendado a la tarea del filósofo: hacer que lo trágico hable, cuando se presente la ocasión¹⁹. Esto, que no puede ser demasiado serio, ni demasiado inocuo, terminará con la creación imposible: “estrictamente hablando, nada se hace.”²⁰ La propuesta rossetiana terminará en lo irrisorio.

Risa que nace cuando algo desaparece sin razón alguna –tal vez porque lo incongruente de la desaparición revela posteriormente lo insólito de la aparición que la precedía, es decir, el azar de toda existencia. Risa exterminadora y gratuita, que suprime sin justificación, destruye sin inscribir esa destrucción en una perspectiva explicativa, finalista y compensadora: ríe, pero no dice por qué ríe ni de qué ríe (si al que ríe se le pidiese una explicación, se vería reducido a decir que en este caso, y a diferencia de los habituales motivos de risa, ríe de nada).²¹

Rosset sigue de cerca el postulado filosófico pascaliano que ve en la filosofía el arte burlesco de la seriedad: “Guazarse de la filosofía es verdaderamente filosofar”. (Pascal, fr. 24 Ch). No obstante, antes de llegar a esta “broma” como la más seria de las propuestas filosóficas, desearíamos aprovechar la ocasión, tal como lo recomienda nuestro autor, para hacer que lo

¹⁶ *Ibid.*, pp. 45 y ss.

¹⁷ ROSSET, *La fuerza Mayor*, Madrid, Acuarela Libros, 2000, p. 13.

¹⁸ PASCAL, cit. por ROSSET, C., *El lugar del paraíso*, Barcelona, Anagrama, 2020, [Documento en línea] Disponible en: <https://www.anagrama.ed.es> [Consulta: 2021, Junio 22].

¹⁹ *Op cit.*, Cfr. ROSSET, C., *Lógica de lo peor*, p. 29.

²⁰ *Ibid.*, p. 208.

²¹ *Ibid.*, p. 216.

trágico hable, siendo por antonomasia el silencio su más preciada, por no decir su única manifestación.

El silencio de la lógica de lo peor

El silencio de la propuesta rossetiana se encuentra diseminado en gran parte de sus escritos, especialmente en *La lógica de lo peor*, donde dedicará un apartado a lo “Trágico y silencio”, en *El mundo y sus remedios*, en donde hablará de “El mundo mudo”, y en *Materia de arte* se manifiesta a través del homenaje dedicado a René Clair, “El mundo del silencio”. Lo real, asevera Rosset en la *Antinaturalaleza*, es poco parlanchín²². En la *Lógica de lo peor* se afirma que el pensamiento trágico “atribuye por instinto al hombre *la posesión de un saber silencioso que conduce a la nada de su habla*”²³. Además podemos encontrarnos con esta bellísima alusión al poeta español, Jorge Manrique: “cómo se pasa la vida cómo se viene la muerte, tan callando” y sostiene:

Todo lo que sucede de carácter importante en la vida de los hombres pasa sin decir palabra, todo lo que llega en el mundo llega como con pasos amortiguados, surge ahí sin avisar ni hacerse anunciar, todo lo que es, es en silencio, *tan callando*. El mundo no habla, no nos enseña nada de lo que es, está ahí, simplemente, en el mayor silencio.²⁴

Rosset análoga el filosofar con el arte culinario distinguiendo tres maneras fundamentales de manifestarse: la sistémica, que niega el azar y que correspondería a la salsa montada; aquella que niega el azar sin constituir un sistema, correspondería al bodrio culinario; y por último, aquella filosofía que asume el azar y que conserva intactos sus elementos negándose a “montarlos” por encontrar todo intento de mezcla como más bien inútil, velador y empobrecedor. A esto le corresponderá tres modos de expresión distintas, hablar, farfullar o callarse, respectivamente. Lo trágico, afirma Rosset, comienza “cuando ya no hay nada que decir”²⁵. Más adelante afirmará:

Es trágico lo que deja mudo todo discurso, lo que escapa a toda tentativa de interpretación; en particular, la interpretación racional (orden de las causas y los fines), religiosa o moral (orden de las justificaciones de cualquier naturaleza). Lo trágico es, pues, el silencio.²⁶

²² ROSSET, C., *La antinaturalaleza*, Madrid, Taurus, 1974, p. 86.

²³ *Op. cit.*, ROSSET, C., *Lógica de lo peor*, p. 30.

²⁴ ROSSET, C., *El mundo y sus remedios*, Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2012, p. 60.

²⁵ *Op. cit.*, ROSSET, C., *Lógica de lo peor*, p. 69.

²⁶ *Loc cit.*

Este silencio del que se caracteriza la filosofía trágica puede ser explicitado bajo tres perspectivas que se implican mutuamente y que en el fondo no son más que una y la misma determinación. Estas perspectivas permitirán entender cómo es posible proponer una lógica de lo peor que habla de aquello de lo que no se puede hablar: 1) desde la concepción de lo dado; 2) desde la noción de azar; y por último, la noción del tiempo.

Lo dado y el vacío

Desarrollada fundamentalmente en *El mundo y sus remedios*, esta obra está destinada a mostrar cómo el hombre intenta rehuir de la realidad inventándose excusas que puedan mitigar la angustia que produce estar frente a lo dado. Lo dado no es otra que esta realidad “inmodificable” de la cual no se puede recusar y no puede, precisamente, porque el acontecimiento que nos agobia no tiene razón de ser. Son los “datos a resolver el día del examen”, el dato puro, originario, tal como afirma en el libro antes mencionado, este sorpresivo e intimidante problema que hay enfrentar en ese preciso instante, enceguedor e irrecusable. Es la expresión común a la fenomenología del “estar lanzado” sin más sin puntos de referencia, como la famosa imagen de Pascal, lo dado es encontrarse en un “vasto medio, inciertos y flotantes, impulsados de uno a otro cabo, sin posibilidad de adherirnos a ningún término porque se mueve y nos abandona” (Pascal, Ch. 84).

La noción que suele asociársele es la de accidente, la invasión de lo inesperado, el carro bolido que irrumpen en la vía que soy yo mismo, es decir, el acontecimiento bruto sin posibilidades de explicación, dejándonos desnudos ante todo asidero del que pretendamos aferrarnos.

Así, después del accidente de automóvil, éste sólo nos parece necesario en la medida en que es algo dado y de aquí en más inmodificable. “de aquí en más inevitable”, se podría casi decir, y no como si fuera el eslabón de una causalidad ineluctable, como si, desde largo tiempo atrás, fuera inevitable. También, y éste es un punto de mayor importancia, la necesidad de lo dado significa *la necesidad de lo que es y no la necesidad de lo que debe ser*.²⁷

No es que nuestra vida sea siempre tan llamativa y estruendosa como un accidente automovilístico, pero la imagen indica la gratuidad del mismo, y la miserable adquisición de perspectivas de este dato que no tenía por qué ser así o asá. Rosset utiliza la expresión del “muro

²⁷ *Op. cit.*, ROSSET, C., 2012, p. 16.

de lo dado” como la imposibilidad de saltar por encima de él o de refrenar su estadía: presencia impenetrable y opaca. No obstante hay que tener presente esta noción de accidente ya que indica que la “urgencia de lo trágico” se agita con más énfasis en el dolor que nos despierta todas estas preguntas sin respuestas, pero cuya legitimidad está presente tanto en la muerte de un niño como en el espectáculo de una flor, en los muertos por la pandemia como en un amanecer: no hay razón de ser.

La lógica de lo peor se contrapone a la tragedia griega del destino, encarnada fundamentalmente en Edipo Rey en tanto que hay un orden que hay que interpretar y cuya fatalidad se cumple a cada paso que da intentando rehuirle (ya veremos sin embargo que asume la tragedia como repetición y aquí volverá al análisis de Edipo). Para este autor la tragedia no es excepción –habitado en el concepto de naturaleza– sino que está en todas partes donde hay presencia. Hay que fijarse además en el filón moral que se puede extraer de este fragmento y que desarrollará más adelante en la obra citada: no hay tal cosa como un “deber ser”.

Rosset establece tres características de lo dado: la primera, ya la hemos mencionado, el ser sin causa; la segunda es la de ser sin finalidad; la última, ser necesariamente:

Su primera característica, y de lejos la más importante, es la de ser sin razón. Entiendo por eso la de no provenir de causa alguna, la de darse como una contingencia ante la mirada de todos los sistemas y de todos los órdenes explicativos que podamos imaginar.²⁸

Se ha tendido a asociar el término de tragedia a lo irracional. Lo racional estaría en el centro y lo aledaño, lo incausado estaría fuera de este círculo a lo que todo debe finalmente converger. No obstante, Rosset prefiere el término griego de *alogon* [ἀλογον] antes que el de “irracional” para explicar su propuesta en tanto que no se trata de un conflicto de espacios que pueden circundarse, sino de lo que se escapa a todo discurso: la razón queda en su propio ámbito, inmaculada a la noción del ser, como propone en la siguiente cita:

... la razón descubre que no tiene nada en común con el ser, ningún resquicio a través del cual podría introducirse por la fuerza y sufrir entonces los peores maltratos. Pero el peligro se aparta de entrada, porque la razón descubre que la existencia no le concierne. Que vuelve sin temor a su dominio, allí será respetada porque no sale dañada de un conflicto con el ser que en suma no tuvo lugar. Y por cierto el ser, por su parte, sigue estando igual de inmaculado en el [alogon] fundamental. Y una sabiduría que viene de lejos nos recomienda “dar al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.”²⁹

²⁸ *Ibid.*, p. 14

²⁹ *Ibid.*, p. 29.

Alogón no contradice a la razón, no la opone, no la enfrenta. Tal como afirma nuestro autor, “escapa a todo orden, a todo sistema, a todas las significaciones contenidas en el término griego de logos.”³⁰ La “a” privativa del logos apunta a la incomprendibilidad a la pura intuición de lo dado que expresa la incapacidad de su habla y la inaccesibilidad de toda interpretación.

La segunda característica es la de ser sin finalidad.

... o sea la de no integrarse en ningún sistema teológico, de no depender de ninguna consideración final. Un acontecimiento gratuito en cuanto a sus fines, algo dado puro, no se podría explicar mejor por sus consecuencias que por sus antecedentes. Por otra parte, es notable que la razón explicativa vincule estrechamente causalidad y finalidad en el seno de una noción vaga y general de orden superior a tal o cual accidente particular. Por esa doble razón, la noción de lo dado escapa al análisis de la razón.³¹

La lógica de lo peor desviste lo dado de los tejidos del tiempo, que es, como veremos más adelante, junto con noción de causalidad, lo único que podría hacer hablar a las cosas. De esta manera nos quedamos con el hecho crudo sin más referencia que el dato mismo.

La última característica compete al “ser necesariamente”. Rosset distingue dos concepciones de necesidad: una imbricada en el determinismo y la fatalidad, “desarrollo ineluctable que implica su propia razón y que, por consiguiente, se presta a cierta interpretación causal [...]”³²; la otra compete a la tragedia desde el azar, se inspira en la noción de los griegos *ἀλογον*, como el “carácter irrefutablemente presente de lo que existe.”³³ Contrapone el “ser ahí” con el ser que lleva el lastre de los “por ques”, justificado y amordazados a cadenas causales. Es en este contexto que surge la noción de acontecimiento, sin que ello implique que haya algo significativo o simbólico en una realidad que pueda ser transformada (propuesta de Alain Badiou): no puede haber nada significativo, porque no hay nada, nada pasa.

Para el pensador trágico, “lo que existe” –que no es ni naturaleza, ni ser, ni objeto adecuado de pensamiento– nunca da lugar a acontecimiento: “se dan” encuentros, ocasiones, que nunca suponen el recurso a algún principio que trasciende las perspectivas trágicas de la inercia y del azar.³⁴

Lo dado es esta noción última del pensamiento, que no puede ser explicitada a costa de oscurecer más que de aclarar. “El discurso sobre las cosas de pronto se topa con su existencia

³⁰ *Ibid.*, p. 28.

³¹ *Ibid.*, p. 14.

³² *Op. cit.*, ROSSET, C., *Lógica de lo peor*, p. 71.

³³ *Ibid.*, p. 44.

³⁴ *Ibid.*, p. 19.

impenetrable.”³⁵ Es la imposibilidad de develar el secreto de la existencia de las cosas que son mudas. Rosset retoma esta consideración de los fenomenólogos, al intentar ir al “‘contacto ingenuo’ con el ser, ese ‘asombro’ frente al mundo, que sólo son posibles cuando se ha roto con todas las determinaciones psicológicas y causales bajo las cuales tenemos la costumbre de subsumir al mundo”³⁶:

Adonde vayamos, cualquiera sea el campo de nuestra investigaciones, cualquiera sea la pregunta que nos formulemos, llegará siempre un momento en el que nos toparemos con el ser, con ese muro de lo dado que hemos evocado, y donde será necesario hacer silencio en presencia de lo que es simplemente el ser y nada más, sin nada en él que pueda dar cuenta de sí mismo. Aquí hay una suerte de falta fundamental que angustia a la conciencia: cuanto más se aproxima a lo que es, y más intenta delimitar de la manera más concreta todas las realidades del mundo, más se aleja de las interpretaciones y significaciones de las cuales tenía el hábito de vivir y pensar, para volver a encontrar sólo un impenetrable silencio que confina con el absurdo.³⁷

Se puede, y de hecho el mundo habla de ciertas cosas, como colores, formas, texturas, sabores... No obstante, el por qué último de todas ellas está infundado y su conocimiento es primordialmente inasible.

El discurso sobre las cosas de pronto se topa con su existencia impenetrable. Podemos disertar sobre las relaciones que rigen los colores, los sentidos, las formas. ¿Pero “por qué” el azul? ¿“Por qué” el ritmo? ¿“Por qué” el árbol? ¿Qué ganamos, por ejemplo, si queremos comprender la música, distinguiéndola en el ritmo alternancias de tiempos fuertes y débiles? ¿Qué es un “tiempo fuerte”? ¿Por qué la presencia de tiempos fuertes constituye el ritmo? Tantas preguntas sin respuestas que, por otra parte, no estaban al conocimiento, puesto que el conocimiento no tiene nada que ver con ellas y se demora explicando las modalidades del ser, no al ser mismo.³⁸

Rosset considera que la filosofía de lo peor tiene un saber de más con respecto a cualquier otra manifestación del pensamiento: sabe que habla de “nadas”. Esto lleva, como se sostuvo supra, a la nada de su habla. El hablar propio de la filosofía tradicional parece estar incrustada en la “precisión en el vacío” entendiendo esto como la atención al revés distendida en todas aquellas cosas insignificantes, sin valor aparente, que unen con extrema minuciosidad en el detalle “el reconocimiento de su pertenencia a un conjunto indefinido, en hacer alarde del mayor escrúpulo a propósito de algo sobre lo que se está persuadido de que no había que tener ninguno.”³⁹ El ejemplo de esto es tomado de la obra de Samuel Beckett y es el personaje que tiene el mayor

³⁵ *Op. cit.*, ROSSET, C., 2012, p. 21.

³⁶ *Ibid.*, p. 19.

³⁷ *Ibid.*, p. 58.

³⁸ *Ibid.*, p. 21.

³⁹ ROSSET, C., 2009, p. 23.

cuidado en pasar una piedra de un bolsillo a otro. Nuestra vida, sin puntos de referencia parece transformarse en un derroche de banalidades, significaciones que no significan, cuentas meticulosas que no suman nada, recuerdos suspendidos en el aire sin pasado, insignificantes que temen ser confundidos en sus insignificancias. Son los “siete metros cúbicos” de un puerto que no es puerto, pero que actúa “como si” fuera y hace gustosamente las veces de tabla de salvación al afincarse en operaciones sencillas que ocupan a la mente en contar sin sentido.” Rosset cita la hermosísima imagen:

En los momentos difíciles te vuelves gustosamente hacia las sencillas operaciones de la aritmética. Como hacia un puerto. Al final, llega más o menos a los siete metros cúbicos. Incluso ahora, en la oscuridad fuera del tiempo, las cifras reconfortan.⁴⁰

La imagen nos lleva del vacío al silencio, el silencio como el fundamento universal de todas las cosas, el principio y final de todo, “el signo último que nos dirige lo real antes de abandonarnos cuando justamente lo hemos alcanzado, lo que pueda del mundo cuando todo se ha vaciado, eso que precede a todo y de lo cual todo procede”⁴¹. Lo trágico es, pues, el silencio. Lo otro, las interpretaciones que se puedan hacer siempre serán secundarias y siempre estarán de más, son precisiones en el vacío que nada significan.

El azar

El silencio está vinculado con el azar, que es el marco conceptual en el que se encara la interpretación rossetiana: el azar como “la más cercana al silencio, el concepto más cercano a la recusación de los conceptos”⁴², el anticoncepto. Para Rosset el azar es la palabra menos comprometedora, la menos inapropiada, la menos refractaria para calificar este silencio propio de la lógica de lo peor, la “palabra mágica” que abre sin abrir, que habla sin hablar, dice sin formular:

En buena lógica, el discurso trágico podría, incluso debería, detenerse aquí —en el silencio. Para pasar a continuación, si lo desea, a ilustraciones o a consecuencias; para su “teoría” está dicho todo, si nada está por decir. Hacer hablar más al silencioso supondría que disponemos de una palabra mágica, que sabrá hablar sin decir nada, pensar sin concebir nada, denegar toda ideología sin comprometerse en una ideología cualquiera que sea.⁴³

⁴⁰ *Ibid.*, p. 24.

⁴¹ *Op. cit.*, ROSSET, C., 2012, p. 59.

⁴² *Op. cit.*, ROSSET, C., *Lógica de lo peor*, p. 88.

⁴³ *Ibid.*, p. 86.

La lógica de lo peor asienta su reflexión en ese elemento que da origen a todo, que daría forma al mundo, tal como lo concibe Hesíodo, el caos originario, o el Pan Gu en de los chinos. Sólo que este principio no logra constituirse en naturaleza y si se asignase alguna paternidad, ésta sería sólo un caso particular de desorden, como en la noción Lucreciana, una sedimentación de circunstancias azarosas e inestables que volverán a la brevedad a la nada. La propuesta rossetiana, no logra rasgar las hendiduras de la carne de lo dado para que mane de ella el orden/orbe, el día separado de la noche, la luz que da sentido al mundo. Su manifestación más acertada no puede ser otra que el silencio, no porque ella pueda expresarla, sino porque toda referencia queda anonadada o desvirtuada.

El azar, en el sentido trágico, es anterior a todo acontecimiento y a toda necesidad; del mismo modo que el “caos”, por el que los antiguos filósofos griegos designaban el estado primero del mundo, es anterior tanto de hecho como de derecho a todo “orden”. Hablar del azar como de un concepto trágico cercano al silencio impide hablar del azar a partir de referenciales constitutivos (series de acontecimientos) o pensados (idea de necesidad). Si ya existe “algo” a partir tan sólo de lo cual puede producirse la eventualidad del azar, ya no puede hablarse de azar en el sentido trágico del término. [...] El azar “silencioso” significa la ausencia original de referencias y no puede definirse a partir de referencias como series de acontecimientos o la idea de necesidad.⁴⁴

Rosset desbroza los distintos conceptos a los que el azar hace referencia y destaca la noción de *fors*, *casus*, *contingencia*, (fortuna, casualidad y juego, respectivamente) y la propiamente trágica: el azar constituyente. La primera asigna aquello “gracias a lo cual se obtiene o no un resultado favorable o adverso”⁴⁵. Implica poder dar cuenta de lo acontecido a través de una serie causal, aunque esta sea incontrolable y desconocida y bascula entre lo necesario y lo no necesario. Suele adjudicársele un carácter antropomórfico y por tanto, se suele hablar de responsabilidad, como al adjudicarle a la Fortuna o a los dioses de un determinado suceso.

La segunda noción hace referencia al punto de intercepción de dos series causales independientes entre sí dando origen a la excepcionalidad. Implica la noción de accidente en tanto que produce algo inesperado pero no por ello inexplicable. El ejemplo que nos otorga Ferrater Mora parece atinente a este respecto:

Cuando alguien se dirige al ágora para mercar aceite y encuentra allí a alguien que le debía dinero y que le paga, el dirigirse al ágora es la *causa per accidens* de la cancelación de la deuda. Dos seres causales independientes –A, que va al ágora con un propósito, x; B, que va

⁴⁴ *Ibid.*, p. 88.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 86.

al ágora con un propósito, y, pero no siendo ni x ni y “cobrar una deuda” y “pagar la deuda” respectivamente— se encuentran produciéndose el acontecimiento excepcional e inesperado (pero no inexplicable) llamado *suerte* o fortuna: el pago de la deuda.⁴⁶

Dos acontecimientos, ir al mercado de dos seres cuya intención original no era la que terminó siendo, es una forma de accidente, y por tanto una manifestación del azar. No obstante, Ferrater Mora hace notar que este acontecimiento imprevisto podría igualmente explicarse subsumiendo lo acontecido a un orden causal superior. Esta noción no compete al azar originario del que quiere dar cuenta nuestro autor.

La tercera connotación del azar sería la implicada en la contingencia, que se vincula al juego de dados, a la pérdida de control, de un “abandono a lo aleatorio que hace posible y amenazadora la posibilidad de un revés”⁴⁷. Rosset estima que esta noción se asemeja a la propuesta pascaliana de pérdida de todo pensamiento, un silencio anterior a todo encuentro y que designaría el infierno para el Claromontano. A diferencia de las otras connotaciones del término ella implica la exclusión de cualquier intervención distinta al azar del propio juego.

Rosset destaca que la noción que alimenta su filosofía se diferencia de todas estas manifestaciones del azar (*fors, casus, contingencia*) porque ellas necesitan algo que se les contraponga para ser, un espacio en el que no habite el azar, un relieve no azaroso él mismo sobre el cual resalten. Necesitan que la naturaleza esté constituida, un encadenamiento de acontecimientos sobre los cuales se pierda la previsión en cuyo caso el azar pasaría a “ser secundario respecto a una constitución original de la naturaleza”.⁴⁸

El azar terrorista de la lógica de lo peor no tiene regiones no azarosas, sino que está como presencia irreductible en todo lo que existe. Es, como se sostuvo arriba, el anticoncepto que esta hilvanado de la nada. Es el caos originario que no constituye naturaleza, concepto que no necesita de algo fuera de sí para ser y que no requiere de intervención alguna, ni providencial, ni humana ni de cualquier otro tipo para su formulación. El azar original o azar constituyente “es anterior y en todas partes”⁴⁹ en contraposición con el azar del acontecimiento que implica la

⁴⁶ FERRATER MORA, J., *Diccionario de filosofía*, Primer Tomo, México D. F., Ariel, 2004, p. 290.

⁴⁷ *Op. cit.*, ROSSET, C., *Lógica de lo peor*, p. 88.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 103.

⁴⁹ *Loc cit.*

excepcionalidad dentro de la naturaleza y su subsecuente regionalidad. El azar constituyente no da lugar a una naturaleza y de hecho la excluye: si hay azar no hay naturaleza.

De un modo más general, el pensamiento terrorista declara: hay azar, luego no hay ser –“lo que existe” es nada. Nada, es decir, nada con respecto a lo que pueda definirse como ser: nada que “sea” suficientemente como para ofrecerse a delimitación, denominación, fijación al nivel conceptual tanto como al nivel existencia. Nada, en la movilidad de “lo que existe”, que pueda dar al pensamiento tan solo la idea de un ser cualquiera.⁵⁰

Rosset se cuestiona la relación entre ser y azar, porque no parece de suyo que el rechazo de un concepto implique necesariamente la negación del otro. No obstante afirma: “podemos responder que lo que existe es por definición –según los principios de un pensamiento de azar– indefinible”.⁵¹ Esto nos remonta a la tesis de Gorgias cuya postulación fundamental niega tanto la existencia del ser como del pensamiento y de su expresión: “1) Nada es, 2) aunque algo fuese, ese algo no podría ser pensado. 3) Aunque algo fuese y fuese pensado, ese algo escaparía al lenguaje.”⁵²

El azar sería este espacio en blanco, un silencio, anterior a toda posibilidad de encuentro que supone un mundo constituido y a la toda posibilidad de pensamiento, una noción que no tiene ni graduación ni escala. Es la ausencia de toda referencia.

Querer filosofar en compañía del azar es querer reflexionar sobre y a partir de nada: la “filosofía del azar” sería así una contradicción en términos, pues designa el pensamiento de lo que no se piensa. Ser filósofo del azar sería guasearse de la filosofía; quizá también sería filosofar en verdad, si asentimos en las palabras de Pascal y el sentido –insensato– que Pascal atribuía a la verdadera filosofía. Guazarse de la filosofía, es decir, ocupar la reflexión de una antirreflexión que siembra la muerte entre los pensamientos.⁵³

Volvemos una vez más no solo a lo irrisorio sino al silencio del que hace gala la lógica de lo peor. El azar como el anticoncepto, como la antirreflexión, la muerte de los pensamientos, aquello que está al principio y al final de todo, la ausencia de toda referencia. Es la perdición, entendiendo esto como “la imposibilidad de perder nada ya que no tenemos nada.”⁵⁴ Perdición que convierte a la muerte en un estado inminente, en una ausencia original de la vida.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 108.

⁵¹ *Ibid.*, p. 111.

⁵² *Ibid.*, p. 113.

⁵³ *Ibid.*, p. 146.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 131.

Tiempo:

Rosset utiliza fundamentalmente dos nociones del tiempo para dar cuenta de su propuesta: la primera, inmóvil; la segunda, desarrollada fundamentalmente en *La filosofía trágica*, y podríamos llamarla tiempo “usurpado”, no real sino una representación, un “como sí” del tiempo. Es a través de esta última noción que se introduce la repetición trágica que, tal como afirma Rosset, es la que permite precisar la naturaleza del silencio que es el objetivo de nuestro ensayo.

En tanto tiempo inmóvil es símbolo de un mecanismo averiado. Lo único que podría hablar de lo real es subsumirlo en un orden de causas y efectos. No obstante, si se sustrae cualquier relación causal, lo que queda no es más que el silencio. El tiempo en la propuesta rossetiana no se despliega en pasado, presente y futuro. Es un eterno presente, sin progresos ni retrocesos, solo el eterno ahora. Permítanos hacer esta cita *in extenso*

La comprensión trágica supone un Tiempo inmóvil, detenido; no porque haya dejado de transcurrir sino porque ha perdido su virtud principal, que es precisamente la de acomodar, hacer posibles las consideraciones interpretativas y explicativas. La Razón no puede explicar el acontecimiento más que con la complicidad del Tiempo; las causas que invoca, las finalidades a través de las cuales intenta justificarse, la libertad que intenta convertir en responsables, suponen una presencia dócil de las tres dimensiones del Tiempo, respetivamente el pasado, el porvenir y el presente. De esa manera, el deslizamiento previsible y salvador del Tiempo es un antídoto contra el acontecimiento surgido bruscamente en el Tiempo, sin que nada en el Tiempo, sea en el pasado o en el porvenir, pueda legitimar un acontecimiento que, de algún modo, no forma parte de ellos: entiendo por esto que el acontecimiento escapa por completo a la noción de tiempo orientado que va de un pasado a un futuro, generador perpetuo de un *sentido* cuyo contenido intelectual procede por completo, en nuestra filosofía occidental, de esta representación orientada del Tiempo. Se trata de este Tiempo orientado y significativo que de pronto queda fijado cuando irrumpe el acontecimiento trágico, ese marco conocido y engañoso que estalla frente a la aparición de lo dado. De allí las relaciones establecidas, en ocasión de una definición de lo trágico previa, entre la imposibilidad radical de interpretación y la noción de Tiempo inmóvil y fijado⁵⁵.

Volvamos al ejemplo del carro bolido que irrumpe en nuestra vida para poder explicitar esta noción. Cuando nos asalta algún acontecimiento, el carro bolido, lo primero que hacemos es intentar subsumirlo en un orden causal que pueda dar cuenta de él. Nos asalta una serie de preguntas tales como ¿por qué ocurrió? ¿Cuál es el sentido de este acontecimiento? ¿Qué hay detrás de este hecho? ¿Cómo sucedió? Hasta buscamos un chivo expiatorio ¿por qué Dios permitió que esto pasara? ¿Cómo no lo vi? ¿Por qué el universo confabuló en contra? Tratamos de calzarlo en consideraciones interpretativas que puedan domeñar el dato arisco frente a

⁵⁵ *Op. cit.*, ROSSET, C., 2012, p. 17.

nosotros deslizándolos, como afirma Rosset, en la previsibilidad de lo acontecido: el tiempo antídoto de las predicciones y los designios. Tratamos que lo que acontece simplemente baile al son del tiempo que trascurre orientador y legitimador de la existencia.

El tiempo trágico, en cambio, es fundamentalmente inmóvil, fijo, detenido. Digámoslo en categorías aristotélicas, un tiempo en acto que excluye toda potencialidad. Lo que está frente a nosotros es irrecusable y con ello volvemos otra vez a la noción del dato bruto sorpresivo e intimidante sin posibilidades de explicación. Es el tiempo del olvido, en tanto que lo trágico no se aprende (ni aprehende). Es una costumbre que no apertura sucursal y que no permite amainar la sorpresa frente al universo, siempre reiniciado, siempre nuevo, siempre joven porque no agota el potencial de asombro y de la novedad.

Aquí calza la interpretación que Lucien Goldmann realiza del pensamiento trágico de Pascal: “la consciencia trágica, ignora el tiempo [...], es *intemporal* –el porvenir está cerrado y se ha abolido el pasado– y sólo conoce una alternativa: la nada o la eternidad.”⁵⁶ No hay un tiempo desplegado que pueda dar luz a nuestra propia existencia mediante la unión o concatenación de puntos relevantes, un acontecimiento final que mueva todo a un orden.

Vivir con el tiempo trágico es vivir plenamente, como el niño frente al primer día de escuela, o el sabor de la boca frente al primer beso, o la muerte de un ser querido o nuestro primer sorbo de vida. Lo otro, lo cotidiano, lo pasado por la rueda de la costumbre es simplemente distracción, es eludir nuestro presente adormeciéndonos frente a la vida. En este hermoso libro *Lo real y su doble* nuestro autor sostiene:

Arrojar de modo automático el presente al pasado o al futuro es, muy frecuentemente, el acto de un sujeto que no es que piense en otra cosa que acapare su atención, sino que, por el contrario, está fascinado por la cosa misma, presente, de la que intenta distraerse de manera desesperada, y que sólo lo consigue relegándola, como por arte de magia, a un pasado o a un futuro próximo, poco importa dónde y cuándo, con tal de que la cosa deje de estar presente y aquí –*anywhere out the world*, como dice Baudelaire– Un doble parece buscar, por piedad a una persona asfixiada por el presente: dicho doble encuentra su lugar natural poco antes o un poco después.⁵⁷

En el libro del que se extrae esta cita, Rosset da cuenta de todos los artificios que concibe el hombre para poder simular este encuentro con presente, este irse a cualquier lugar fuera del mundo –*anywhere out the world*– porque lo dado, el dato irrecusable lleva consigo la angustia de

⁵⁶ GOLDMANN, L., *El hombre y el absoluto*, Barcelona, Ediciones Península, 1968, p. 101.

⁵⁷ *Op. cit.*, ROSSET, C., *Lo real y su doble*, p. 61.

lo real. Toda alternativa que intente mitigar su presencia no será más que la búsqueda por “sonorizar ese opresivo y universal mutismo”. El tiempo trágico es un tiempo sitiado, un reloj que no transcurre, es el instante que no logra arrancar a sus personajes de la obscuridad de la noche. Lo dado y el instante se fusionan para dar cabida a un único momento: el presente.

Rosset gusta jugar con la frase de Samuel Beckett “*para acabar de una vez todavía*” que muestra la contradicción que enviste un posible cambio. Se introduce el concepto de avería y las imágenes que con las que se reviste esta noción es la expuesta por Keaton en *El maquinista de La General*, al intentar reparar una máquina averiada hace mucho:

Como la del grupo de mecánicos, ingeniero y oficiales que se esfuerzan en vano [...] por volver a poner en marcha un tren inmovilizado para siempre por una irreparable rotura del cambio de agujas. El trasfondo filosófico de esta gag beckettiano me parece que reside en que la existencia al ser nada o casi nada, no podría estar sujeta a ninguna modificación importante: *nada* puede modificar nada.⁵⁸

La segunda noción del tiempo es la representación ulterior de un estado a otro, el “tiempo usurpado”. Esto puede explicitarse recurriendo una vez más a la idea de accidente, con todas las características que hemos descrito supra de lo dado (sin causas, sin finalidad, inmodificable, irrecusable, engeguecedor). Cae una teja y mata al transeúnte que está frente a nosotros. Lo trágico es la anticipación de lo ya consumado (y aquí la repetición), es decir, se representa el pasaje del estado vivo al estado muerto que sólo es posible una vez efectuado el acontecimiento. Por ello Rosset habla de resorte trágico que la realidad detona. Como puede verse el tiempo va en retroceso. De allí el concepto de anticipación de lo dado, que es concebido sólo a posteriori, anticipación retardada. De allí la idea de movimiento fundida con la idea de inmovilidad:

De modo que hay dos ideas esenciales y complementarias en el sentimiento trágico: la idea del *movimiento* y la idea de *inmovilidad* fundidas en una única intuición –*horribile sentitu*; la idea de un mecanismo *fijado*, que puede representarse, se podría decir, en un cuadro, sin tener en cuenta el tiempo, pues se trata de un esquema trágico que, cuando entra en acción, *usurpa* de alguna manera el tiempo, se sirve del tiempo, *actúa como si él fuera el tiempo*: y es solamente cuando el mecanismo trágico ha acabado su obra que uno advierte que no se trataba del tiempo, sino de lo trágico disfrazado, que se había revestido de los atavíos del tiempo para mejor engañarnos.⁵⁹

Hay que hacer notar el término de “mecanismo trágico” en contraposición con el de situación (execrado de este análisis). Mecanismo en tanto que fijo (*El maquinista* de Keaton), en el que el movimiento y la inmovilidad se dan en una única representación, es la idea de

⁵⁸ *Op. cit.*, ROSSETT, C., 2009, p. 16.

⁵⁹ ROSSETT, C., *La Filosofía trágica*, Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2010, p. 18.

“inmovilidad dentro de nuestra representación móvil del tiempo”, o “tiempo movedizo intemporal”. Móvil en tanto que me represento una sucesión que al darse después de que ha acontecido el hecho, se hace fuera del tiempo. He ahí el sentido de “lo trágico revestidos de los atavíos del tiempo para mejor engañarnos”. La inmovilidad, por otro lado, indica un determinismo, porque al darnos cuenta del hecho ya ha pasado. Es, volviendo a los términos con los que analizábamos lo dado, irrefutable: “algo dado cuyo destino es tener que transmitirse sin cesar ni modificación”⁶⁰: gratuito, irremediable e irreparable, inmóvil. El reconocimiento, dirá en la *Lógica de lo peor*, siempre llega demasiado tarde y en tanto que nunca es lo que se esperaba, estará asociado con el terror como clave de bóveda de todas las observaciones concebibles. “El error siempre es anterior, la desmitificación siempre llega más y demasiado tarde”⁶¹.

No es sino posteriormente que descubrimos que ése no era el tiempo, porque la idea de mecanismo intelectual –intemporal– que se desarrolló durante el tiempo, ha tomado, sin que nosotros lo advirtiéramos, el *lugar* del tiempo: ¡el monstruo trágico se ha devorado el tiempo adaptándose a su contorno!

Rosset utiliza en *Materia de Arte*, una expresión prestada de los escritos de Mallarmé que parece describir con todas sus letras esta movilidad intemporal: “actuar en seco”. Con ella se indica la fusión de la acción y la inacción que reduciría toda agitación a una actividad inútil o, en el caso que ahora nos concierne, un tiempo inerte, redundancia del tiempo inmóvil.

Es en el contexto de este tiempo usurpado donde Rosset afirma que lo trágico se “despliega en un fondo de repetición y que, de modo inmediato, la repetición aparece tan pronto como hay tragedia.”⁶² Rosset, para analizar estas ideas recurre al teatro en el que el protagonista se reconoce en el hecho trágico “como si por fin se encontrase inscrita claramente una palabra prevista desde siempre sin nunca haber sido dicha ni propiamente pensada”⁶³. Es el reconocimiento que hace Edipo rey, al final de su tragedia, cuya ceguera es el símbolo preciso de su ruptura con el mundo (tiempo fuera del mundo), porque, tal como señala Goldmann al hablar del tema, “con los ojos físicos intactos no se ve la verdad y se vive en la ilusión”⁶⁴.

Rosset distingue dos tipos de repeticiones, la cantinela, y la diferencial. La primera es reiteración de lo mismo, detenida y patológica. Es el acomodo de un individuo a una experiencia

⁶⁰ *Op. cit.* ROSSET, C., *Lógica de lo peor*, p. 78.

⁶¹ *Ibid.*, p. 116.

⁶² *Ibid.*, p. 77.

⁶³ *Ibid.*, p. 78.

⁶⁴ *Op. cit.*, GOLDMANN, L., p. 60.

que se vuelve neurótica al aferrarse a ella y que, si inserta alguna novedad, ella no hace más que camuflar sin cesar las repeticiones. Esto comulga con el análisis de la filosofía de Schopenhauer en el que se plasma un mundo muerto “en el que todo gesto es falso, que imita torpemente un mundo muerto.”⁶⁵ La segunda repetición en el que “la propia diferencia es el principio de repetición, invita al reemprendimiento perpetuo de la búsqueda de los singulares.”⁶⁶ Se asimila la repetición diferencial al efecto de “un espejo deformante destinado a hacer olvidar el elementos cantinela de la repetición”⁶⁷. Espejo facetado del mundo que vuelve a la noción de *alogón* expuesta más arriba.

Somos remitidos de lo relativo a lo relativo en el espejo mil veces facetado del mundo. Finalmente, es mejor renunciar al punto de vista para no vivir en lo inexplicable, volver a encontrar el puro *άλογον* [*alogon*] de los trágicos griegos al comienzo y al final de todo; y es lo que hace Balzac: el juego de espejos en el que se agitan los hombres de *La comedia humana* es sólo un breve aplazamiento de la impenetrable oscuridad de la cual la novela los arrancó un instante, sólo es un prelude a la noche en la cual se pierden todas las pasiones.⁶⁸

Nuestro autor utiliza varios ejemplos para explicitar la repetición diferencial, entre ellos la música en donde la diferencia y la repetición comulgan al darle un nuevo valor a la reexposición del intérprete que, al rehacer lo viejo hace que la audiencia tenga la sensación de “una primera vez.” Rosset sostiene que convendría más hablar de la inexpresividad musical que de su expresividad porque “ella nunca dice nada más que a sí misma”. Lo otro, las sensaciones que produce al oyente, los posibles recuerdos que pueda suscitar, las circunstancias con las que se le vincule son fantaseos extra-musicales, adosamientos que nada tienen que ver con ella. La música es fundamentalmente lenguaje intraducible, afirma siguiendo a Edouard Hanslick.

Es en este segundo aspecto de la repetición en donde Rosset introduce de nuevo el silencio, objetivo de nuestro análisis:

A través de la repetición se apunta, pues, a una perpetua diferenciación. [...] Esta es trágica en cuanto remite al silencio de lo no interpretable, por lo cual se define, en primer lugar, lo trágico. [...] La interpretación es ciega si a la captación filosófica no ofrece más que una pléyade infinita de diferencias indefinidamente diferenciadas.⁶⁹

El silencio envuelve una vez más las “categorías” de lo trágico, el balbuceo sordo carente de sentido al hablar de las causas de la felicidad y la tristeza, incomprendibilidad que nos asedia

⁶⁵ *Op. cit.*, ROSSET, C. *Lógica de lo peor*, p.82.

⁶⁶ *Loc cit.*

⁶⁷ *Ibid.*, p. 83.

⁶⁸ *Op. cit.*, ROSSET, C., 2012, p. 42.

⁶⁹ *Op. cit.*, ROSSET, C. *Lógica de lo peor*, p. 83.

cuando nos encontramos frente a la propia existencia (en la concepción de lo dado), la gratuidad de un mundo que no tiene razón de ser ni de estar de ninguna, de una lógica que pretende el acceso a un pensamiento signada por la ausencia del mismo: “pensar lo peor viene a ser lo mismo que negarse a pensar los pensamientos ya constituidos”. El silencio es lo que queda, la “materia” de este hablar que se desvanece en la inmensidad de la nada y la música su más esbelta expresión que ejemplifica bien esa especie de mutismo, de “silencio musical” o de “música que calla” “pretexto sin texto” “La paradoja de ser una forma libre, flotante: originariamente a la deriva, como uno diría de una superficie sin fondo o de un traje sin cuerpo”. La ausencia de verdad, de referencia, la fuerza eficaz de lo que no habla.... ¿Qué nos queda hasta ahora? Y en esto irá nuestra conclusión...

A modo de conclusión

La propuesta de Rosset, cuya expresión fundamental es el silencio, intenta volver al asombro original del que da cuenta la filosofía, a nuestro contacto primigenio con lo dado rompiendo todas las determinaciones psicológicas y causales bajo las cuales subsumimos nuestra relación con el mundo. Es la abdicación de toda reflexión por justificar nuestra propia existencia dejándonos desnudos ante todo asidero del que pretendamos aferrarnos. Rosset deja entrever que hay cosas de las que sólo podemos tener una intuición, mediante la tensión de los opuestos que tienden a excluirse mutuamente, cuyo ejemplo por antonomasia es vivo-muerto: lo trágico de la idea de muerte sólo puede ser percibida “coloreado con la vida”, superponiéndose los contrarios. “la afirmación de la vida pasa por sin transición a una reivindicación de la muerte”⁷⁰ al igual que la alegría de vivir pasa por el sentimiento trágico de ésta.

Rosset desprende de su exposición a lo peor un encanto por la propia existencia, una “regocijo vital” sustraído del carácter incomprensible e injustificable de la propia existencia que no tiene asidero ni causa. Y en este sentido también se da esta contraposición de un hablar que calla o un grito silencioso. La palabra –como la felicidad, la vida y la muerte– está de más, pero podemos reconocer su prodigalidad al experimentarla cotidianamente. Esta pestilencia del pensamiento al que hace gala la lógica de lo peor terminará mostrando su contrario: el júbilo inscrito en la tragedia, el deleite de lo maravilloso cotidiano, el principio de fiesta. La fiesta comprendida como la perenne excepción, la irrupción de lo inesperado y la excepcionalidad, lo único, lo no identificable, lo irreplicable. La ocasión aferrada al momento oportuno, el único momento posible... la sorpresa...

No obstante es como la puerta abierta, utilizando la imagen que nuestro autor se sirve para el análisis de la obra de Samuel Beckett, una puerta infranqueable que no conduce a nada porque es sólo un trozo de cartón piedra contra la pared, efecto complementario de vida y movimiento: no puede haber nada significativo, porque no hay nada, nada pasa.

⁷⁰ ROSSET, C., *Principios de crueldad*, Valencia, Pre-Textos, 2008, p.7.